

NEW LEFT REVIEW 128

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2021

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cambios de paradigma 7

ARTÍCULOS

GEORGI DERLUGUIAN Una pequeña guerra mundial 28

ANTON JÄGER Regiones rebeldes 55

ESCUELA DE FRANKFURT Teorías de la necesidad 81

WILLIAM DAVIES Políticas del reconocimiento 95

FRANCO MORETTI *Bande à part* 115

KENTA TSUDA Cuestiones sobre el decrecimiento 127

CRÍTICA

DANIEL FINN Iglesia militante 150

J. X. ZHANG Los significados de Tiananmen 161

MICHAEL LIPKIN Domesticar a Hegel 175

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Wang Chaohua, *Conglai jiu meiyou jiushizhu: liusi sanshi zhounian ji*
[*There Are No Saviours Above Us: June Fourth Thirty Years On*],
Taipei, Qucheng, 2019, 271 pp.

J. X. ZHANG

LOS SIGNIFICADOS DEL 4 DE JUNIO

En su brillante evocación de la atmósfera de Pekín a finales de abril de 1989, Wang Chaohua relata cómo la ciudadanía común demostraba su apoyo a las protestas estudiantiles ofreciéndoles comida y agua y aplaudiendo al paso de toda bandera universitaria. «Cuando desfilaron hacia la puerta sur de la universidad –nos recuerda la autora– los estudiantes alzaron sus banderas, las hicieron ondear y empezaron a cantar La Internacional. Recibieron una cálida bienvenida, con fuegos artificiales. De la ventana de una de las residencias colgaba una enorme pancarta: “La historia recordará este día”». La Internacional era uno de los himnos de los obreros y estudiantes en Tiananmen. Se cantaba cuando se desfilaba por la Plaza, agrupándose en torno al Monumento al Pueblo y se cantaba en los últimos momentos, cuando se enfrentaron a los tanques y las tropas. Más tarde, en las conmemoraciones que en la diáspora se hacían del alzamiento, la gente empezaba espontáneamente a cantarla, lo que reavivaba los recuerdos colectivos. Wang descubrió en viejas grabaciones de vídeo y de audio que los estudiantes que protestaban en el movimiento Wild Lily en Taiwán, donde los sentimientos anticomunistas aún dominan la ideología oficial, también cantaban La Internacional. Paradójicamente, es en la República Popular China donde la Internacional ya no es bien acogida; cantar la canción en público es una invitación al acoso policial.

Un verso de la versión china de La Internacional, «No hay salvadores por encima de nosotros», proporciona el título de la recopilación de ensayos de

Wang sobre el movimiento prodemocrático, *Conglai jiu meiyou jiushizhu*. El alcance comparativo y la urgencia política del libro ofrecen un agudo contraste con la mayoría de la producción académica tradicional sobre la política china en la que la represión de Tiananmen se trata como un incidente lamentable pero que se explica por sí solo. También destaca entre la mayoría de las memorias de quienes participaron en Tiananmen, que suelen centrarse en el papel protagonista de su autor o autora, descuidando referencias críticas más amplias. Todavía se celebran congresos internacionales sobre el tema, a menudo programados para coincidir con las conmemoraciones de los exactivistas y de un puñado de sinólogos simpatizantes. El historiador chino Wu Renhua ha compilado también un archivo documental panorámico cotidiano del movimiento y ha destapado información detallada sobre las tropas que aplicaron la ley marcial; sin negar su valor, el sentido de este material sigue sin ser teorizado. En este contexto, *Conglai jiu meiyou jiushizhu* destaca por su ambición conceptual, su agudeza analítica y su comprensión de la complejidad de la historia en su propio proceso de conformación, lo cual se combina con reflexiones, a menudo autocríticas, sobre las esperanzas y los dilemas de los y las estudiantes realizadas por una persona que estuvo implicada en el movimiento.

Wang era una de los veintiún líderes estudiantiles de Tiananmen «más buscados» para su arresto por las autoridades después de la masacre. Se escondió durante nueve meses en el continente antes de que pudiera pasar clandestinamente a Hong Kong y posteriormente se le concediera el estatus de refugiada en Estados Unidos. Desde su puesto en UCLA, donde realizó un doctorado sobre la historia intelectual china moderna, es conocida en Occidente principalmente como la editora de *One China, Many Paths* (2003), una selección muy influyente de voces enfrentadas procedentes de la *intelligentsia* crítica china. El público de la *NLR* estará familiarizado con sus contundentes contribuciones a los debates sobre la historia china y su impresionante ensayo teórico, «Historia de dos nacionalismos». Nacida en Pekín en 1952 en el seno de una familia muy conocida en los círculos intelectuales, su padre fue profesor de literatura de la Universidad de Pekín, muy respetado por sus estudios de historia literaria en el periodo clásico Wei-Jin y por haber sentado los cimientos de la investigación en la literatura china moderna. Wang tenía 14 años y estudiaba en una de las mejores escuelas de Pekín cuando empezó la Revolución Cultural en 1966. Con doscientos de sus compañeros fue enviada a trabajar a una granja militar en Heolongjiang, en el extremo nordeste del país, y permaneció en el campo durante cinco años. Más tarde estudió ingeniería de caminos en tanto que estudiante obrera-campesina-soldado y trabajó durante seis años en la dirección de obras. En 1985, ya joven madre, fue contratada como editora de la revista literaria mensual *Bolan Qunshu*, un suplemento del *Guangming Daily*.

En 1987 fue aceptada como estudiante de grado en literatura en la Academia China de Ciencias Sociales (ACCS). Cuando las protestas estudiantiles estallaron en la primavera de 1989, Wang fue elegida representante de la ACCS en el comité permanente de la Federación de Estudiantes Autónomos de Pekín y se lanzó de cabeza a organizar el movimiento.

Conglai jiu meiyou jiushizhu recoge treinta y tres ensayos sobre Tiananmen escritos a lo largo de las tres décadas transcurridas desde 1989. Muchos de ellos aparecieron en revistas no publicadas en China para conmemorar los sucesivos aniversarios del 4 de junio. Están prologados por una útil cronología y por un prefacio que tuvo su origen en un discurso pronunciado en Taipéi en 2011, que explica la visión internacionalista del título. Merece la pena resumir el relato que hace Wang de los acontecimientos antes de centrarnos en sus reflexiones y análisis en profundidad. A diferencia de la mayoría de los estudiosos de Tiananmen, que adoptan la muerte de Hu Yaobang el 15 de abril de 1989 como el inicio del movimiento, la cronología de Wang empieza el 6 de enero, cuando el astrofísico Fang Lizhi escribió una carta abierta a Deng Xiaoping pidiendo al líder chino que liberara a Wei Jingsheng, un disidente político que había sido condenado a diez años de cárcel por defender la democracia como la «quinta fuerza modernizadora» y por decir que Deng era un «nuevo dictador». A esta carta la respaldaron otras tres cartas abiertas, firmadas por más de cien destacados intelectuales públicos, poetas, escritores, científicos, educadores y periodistas, en las que se pedía la amnistía para todos los presos políticos. Una de estas cartas pedía una reforma política y garantías de libertades constitucionales.

Las cartas abiertas de los intelectuales produjeron su efecto en un grupo de estudiantes de la Universidad de Pekín, que estaban siguiendo atentamente los movimientos democráticos de Europa del Este. Acababan de lanzar una revista en el campus, *Nuevo Cuatro de Mayo*, que había cubierto las mesas de debate polacas de 1989, las peticiones de reforma que circulaban en Checoslovaquia y las decisiones del Partido Socialista Obrero Húngaro de reconsiderar 1956 como una revuelta popular y de adoptar un sistema multipartidista. Esta contextualización internacional no solamente contribuía a evocar el clima de la época, un ambiente político que estaba claramente preparado para la revuelta, sino que también sitúa las protestas de Tiananmen dentro de un eje histórico y geopolítico más amplio. La democratización de los países de Europa del Este proporcionaba una lente comparativa para evaluar los logros del Partido Comunista Chino. Generaciones de disidentes adoptaron así una perspectiva sobre el largo proceso de modernización del país.

Este fue el contexto en el que las noticias sobre la muerte de Hu llegadas en la mañana del 15 de abril de 1989 suscitaban reacciones inmediatas. Aunque era un protegido de Deng, en su puesto de secretario general había

sido reticente a reprimir a los estudiantes que protestaban por la corrupción del partido –en la que participaban los hijos de Deng– por lo que había sido relevado en 1987 y reemplazado por Zhao Diyang. A pocas horas de la muerte de Hu, los estudiantes habían colgado coronas de flores de papel blancas en la plaza de Tiananmen y habían cubierto de carteles la zona del Triangle de la Universidad de Beijing. El 17 de abril, los estudiantes desfilaron desde los diversos campus hasta la Plaza. Sus peticiones se recogieron en las Siete Demandas, que incluían «permitir la prensa no oficial y permitir la libertad de expresión», «terminar con las restricciones a las manifestaciones en Pekín» y «declarar los ingresos y el patrimonio de los líderes estatales y de los miembros de sus familias», lo cual reflejaba las aspiraciones populares a la libertad civil, así como el descontento con el saqueo y la corrupción que invadían la vida económica del país.

Los estudiantes ocuparon esa noche la plaza. Al día siguiente se reunieron ante el Gran Salón del Pueblo e hicieron varios intentos de entregar sus demandas ante el Comité Permanente del Congreso Nacional Popular. Por la noche, tres representantes salieron y recibieron la petición. Algunos estudiantes, que argumentaban que el CNP era poco menos que un sello impreso en un papel, propusieron entregar las peticiones directamente al gobierno. Desfilaron desde Tiananmen hasta la Puerta Xinhua de Zhongnanhai, el cuartel general del Consejo de Estado y del Comité Central del PCCCh. Allí la sentada se prolongó dos noches, antes de ser desalojados por la fuerza el 20 de abril. La violencia policial provocó la ira de una franja aún mayor de estudiantes. Surgieron asociaciones estudiantiles autoorganizadas de manera simultánea en varios campus. En la tarde del 23 de abril, los representantes de veintiún universidades de Pekín se reunieron junto a las ruinas del Palacio de Verano para formar la Federación de Estudiantes Autónomos de Pekín (FEAP). Al día siguiente comenzó un boicot masivo de las clases en Pekín.

Conglai jiu meiyou jiushizhu aporta un vivo relato de la reunión de la FEAP en la tarde del 25 de abril, en la que Wang intervino como representante del ACCS. Un estudiante apareció con una grabadora portátil: el gobierno había anunciado algo importante. Era el «Editorial del 26 de abril: Tenemos que adoptar una postura tajante contra los disturbios», que se había difundido en el telediario de la noche y que saldría publicado al día siguiente en los periódicos. Los estudiantes decidieron convocar una manifestación el 27 de abril a pesar de las advertencias gubernamentales. Celebraron una rueda de prensa para anunciar la fundación de la FEAP y sus planes de manifestación. El principal orador, Wu'er Kaixi (también conocido como Örkesh Dölet en uigur), presentó un sello con el lema «Larga vida a la madre patria», anunciando que representaría a la FEAP en las comunicaciones subsiguientes. «A la mañana siguiente –recuerda Wang– metí en una mochila un chubasquero, pan, un jersey y agua, dejé a mi hijo con mi madre y le dije que

igual no volvía a casa aquella noche, porque iba a una sentada en la Plaza de Tiananmen». Cuando llegó al punto de encuentro en la bici, un estudiante le enseñó un papel sellado con el lema «Larga vida a la madre patria» en el que se desconvocaba la marcha. Recorrió con la bici la avenida Chang'an, más poblada de lo que había estado una hora antes. Cuando llegó al extremo de la Plaza de Tiananmen vio a una muchedumbre que se desplazaba hacia la puerta norte del Gran Salón del Pueblo y se dirigió hacia allí:

No podía ver con claridad, pero había algo que parecía una ristra de cubos de hierro al pie de las escaleras. Cuando los cubos empezaron a moverse me di cuenta de que era una brigada de la policía antidisturbios que corrían en círculo, cada uno de ellos con un escudo del tamaño de su cuerpo en una mano y una porra en la otra. Los conté. Eran noventa y ocho.

Más tarde se supo que las autoridades habían coaccionado a uno de los líderes de la FEAP para que diera la orden de cancelar el plan. A pesar de la confusión inicial, los estudiantes tomaron la calle y se manifestaron en dirección a la Plaza. Wang se fue a las oficinas del *Guangming Daily* a usar su teléfono para contactar a otros estudiantes. Cuando regresó a la avenida Chang'an, había incluso más ciudadanos corrientes que estudiantes en la calle. «Estaba tan atestado que los espectadores se empujaban unos a otros, como si fuera a elevarse una montaña de seres humanos por encima del suelo». La policía había formado una espesa muralla, pero estaban sobrepasados. «Por encima del cartel que indicaba la salida sudeste había una fila de espectadores que estaban golpeando con fervor el cartel, coreados por los gritos lanzados desde los tejados y los árboles». Los ciudadanos ayudaron a hacer una brecha en el muro policial, lo que permitió que los estudiantes ocuparan la plaza. El 4 de mayo las cifras aumentaron hasta que decenas de miles de estudiantes se dirigieron a Tiananmen para celebrar el septuagésimo aniversario del movimiento 4 de mayo. A ellos se les unieron cientos de periodistas exigiendo libertad de prensa.

El gobierno vaciló durante varias semanas entre capear la protesta e intentar desactivarla. Cuando la Televisión Central emitió una asamblea grabada entre representantes del gobierno y cuarenta y cinco estudiantes minuciosamente escogidos, la FEAP lo denunció y pidió que todas las universidades escogieran a sus propios delegados para dialogar con el gobierno. El discurso de Zhao Ziyang ante el Banco de Desarrollo Asiático, prometiendo reformas democráticas y diálogo a múltiples niveles, desactivó parcialmente la protesta. Los estudiantes se dividieron sobre si retomar las clases o continuar el boicot. En un momento en el que el movimiento parecía perder impulso, un grupo de estudiantes decidió iniciar una huelga de hambre dos días antes de la visita programada del líder soviético Gorbachov para aumentar la presión sobre el gobierno. Wang se opuso con saña a esta decisión, argumentando que era oportunista: «La reforma política de un país no debe colocar sus

esperanzas en la intervención internacional, sino en los requerimientos de la situación interna». La energía de los estudiantes debía centrarse en crear las condiciones para un movimiento por la democracia duradero.

En un intento de convencer a sus compañeros estudiantes de no iniciar la huelga de hambre, Wang fue a ver a Dai Qing, una excompañera periodista muy conocida por sus reportajes a favor de la disidencia y su oposición a la presa de las Tres Gargantas. Dai hizo una ronda de llamadas, pero no consiguió reclutar a ningún intelectual para que interpretara un papel disuasorio. Algunos estaban redactando sus propios manifiestos, otros se habían trasladado a los campus para expresar su admiración por la valentía estudiantil. En este punto, a pesar de su desacuerdo con la táctica de la huelga de hambre, Wang la acepta como un *fait accompli* y se ofrece para ayudar a los huelguistas, organizar la logística, mientras pide a la FEAP que modifique su postura de «convencer y prevenir» a «simpatizar y entender».

La huelga de hambre comenzó el 13 de mayo. Los medios de comunicación internacionales, que inundaron Pekín para cubrir el primer encuentro entre los líderes de los dos grandes países comunistas desde la división chino-soviética, estaban emocionados con lo que veían. Cuando la huelga llegó a su tercer día, el número de estudiantes que ayunaba alcanzó los tres mil cien. Cientos de miles de partidarios se reunieron en la Plaza. Las sirenas de las ambulancias que transportaban a los estudiantes que se desvanecían mantenían despierta la ciudad. Piquetes autoorganizados ayudaban a que las ambulancias pudieran circular entre las multitudes. Los obreros estaban ahora montando su propia federación autónoma. Unos treinta mil intelectuales se manifestaron en la Plaza por iniciativa propia. El 17 de mayo, según las estadísticas oficiales, un millón doscientos mil residentes de Pekín de todos los oficios se manifestaron en Tiananmen, mientras se informaba de manifestaciones masivas desde veintisiete provincias. La huelga de hambre había conseguido revitalizar la protesta estudiantil y convertirla en un movimiento de masas nacional. El 18 de mayo se retransmitió en directo en los telediarios un diálogo entre los representantes electos de los estudiantes y el primer ministro Li Peng.

Sin embargo, en las primeras horas de la mañana del 19 de mayo, la repentina aparición de Zhao en la Plaza fue un presagio de lo que estaba por llegar. Bañado en lágrimas, el secretario general del PCCCh rogó a los estudiantes que interrumpieran la huelga de hambre: «Vuestra intención es buena y estáis pensando en los intereses del país, pero si esto se prolonga escapará a todo control y tendrá diversos efectos negativos». El miedo se instaló cuando empezaron a difundirse esa tarde rumores de aplicación de la ley marcial. Los estudiantes anunciaron un cambio de táctica, de la huelga de hambre a la sentada. La promulgación de la ley marcial se retransmitió por el sistema de altavoces de la Plaza aquella noche. Al día siguiente,

decenas de miles de estudiantes y de ciudadanos corrientes tomaron las calles para bloquear a los efectivos del Ejército Popular de Liberación (EPL) en la periferia de Beijing. El punto muerto entre la población civil y las tropas militares se prolongó durante dos semanas. Entre 180.000 y 250.000 soldados fueron transportados a la capital: tropas de tierra, fuerza aérea, tanques, vehículos blindados, artillería y policía armada. Se movilizó a cuatro de las siete regiones militares del país. Catorce cuerpos del EPL fueron destinados a Pekín. El cuerpo aéreo estaba bajo el mando directo de la Comisión Militar Central. Entre la noche del 3 de junio y la mañana del 4 de junio, las tropas militares avanzaron hacia la Plaza desde todas las direcciones sin admitir ninguna resistencia. Las bajas más numerosas se produjeron en la Avenida Chang'an, donde la población civil trató desesperadamente de impedirles el paso. Los cálculos más conservadores cifran el número de muertos en centenares; los cálculos más elevados en más de diez mil. Con posterioridad a la masacre, la resistencia duró una semana en todo el país. Solamente en Pekín fueron arrestadas decenas de miles de personas.

Nunca ha sido una tarea sencilla reflexionar sobre los significados de la masacre. Cuando la persona que escribe resulta ser alguien que estuvo profundamente implicada en el movimiento se añade una capa más de complejidad. Una cuestión crucial recorre *Conglai jiu meiyou jiushizhu*: ¿fue la derrota de Tiananmen un episodio desgraciado dentro de la progresiva evolución de la era de las reformas o fue un punto decisivo de la historia china? Wang defiende esta última opción, no solamente afirmándola sino desplegando un análisis de las pruebas, desde múltiples ángulos, que continuamente destaca la necesidad de respetar la complejidad de la historia y nos advierte ante cualquier tendencia a simplificar en exceso los acontecimientos. Los textos más antiguos incluidos en *Conglai jiu meiyou jiushizhu* datan de 1989-1990, cuando Wang estaba aún escondiéndose y su imagen figuraba en los carteles de los «más buscados» y se retransmitía en el televisor de la noche. Pero, en lugar de ordenarse cronológicamente, los textos se estructuran en cuatro secciones. La primera proporciona un panorama histórico general, situando el año de 1989 dentro de un contexto político y económico más amplio y tratando algunos de los problemas teóricos que esto plantea. La segunda se centra en una diversidad de temas polémicos, incluyendo el papel de los obreros en los acontecimientos. Muchos de estos ensayos se escribieron en forma de intervenciones en debates abiertos. Las dos últimas secciones, mucho más breves, relatan las experiencias de la autora en tanto que sujeto activo en el movimiento y se completan con los recuerdos de su época en la clandestinidad y el exilio.

Lejos de entenderlo como un episodio anecdótico, Wang observa que la gravedad de la masacre de Tiananmen es el secreto mismo del «modelo China». Los costes de la reforma económica se han dejado caer desde un principio

sobre el conjunto de la población. La disolución de las comunas populares a partir de 1983 en las zonas rurales produjo la desintegración de la atención médica y de la educación en el medio rural, aunque el coste en cierto modo se compensó por los beneficios de los que disfrutaron los habitantes de las zonas rurales cuando la economía rural se revitalizó como resultado de la relajación de los controles. En las zonas urbanas, el paso a un sistema de precios orientado por el mercado desplazó el peso de la inflación directamente sobre la población urbana. Esta fue una de las razones por las que amplias capas de residentes urbanos se unieron a los estudiantes en 1989, como protesta por la «doble traición» del gobierno en las esferas política y económica: precios más elevados sin ninguna ganancia en el apartado de las libertades civiles. La represión, no obstante, bloqueó todos los canales políticos por los que pudiera expresarse el descontento. Los dos lemas oficiales que surgieron después de la represión, «Estabilidad por encima de todo» y «El desarrollo es la única dura verdad» subrayaban la rápida acumulación de capital estatal, por una parte, y la acelerada mercantilización del bienestar social, por otra. El Estado, ahora «casado con el capital», en la expresión que utiliza Wang, expropiaba los beneficios, mientras que se liberaba a sí mismo de las obligaciones sociales.

En un ensayo escrito en febrero de 1997, inmediatamente después del fallecimiento de Deng Xiaoping, evalúa al líder que ordenó la masacre. En lugar de centrarse en su papel en 1989, Wang analiza el proyecto político de Deng desde una perspectiva histórica más amplia. Lo identifica como un «táctico» y no como un «estratega», porque «nunca quedó claro qué destino tenía en mente». Las políticas de Deng no surgían de una ideología coherente o de una teoría sistemática, sino que derivaba de una actitud oportunista consistente en «cruzar el río tanteando las piedras». Su habilidad residía en su capacidad de «conservar un complejo equilibrio de poderes». Para Deng la consideración fundamental para seguir adelante con la era de las reformas no era la necesidad de adoptar una u otra medida económica concreta, sino qué intereses establecidos había que proteger. La otra cara de la moneda era decidir qué grupo social habría que sacrificar en cada momento de crisis.

Sin embargo, si esto era lo mejor que podía ofrecer el Partido, ¿por qué el pueblo querría seguirlo? La cuestión de la legitimidad del Estado inevitablemente implicaba también la cuestión de la soberanía. En un ensayo publicado en 2011, Wang presentaba dos puntos de vista opuestos: «soberanía del Partido» frente a «soberanía popular». Cuando el movimiento estudiantil estalló en la primavera de 1989, varios líderes chinos expresaron su disposición a explorar la democratización junto con la mercantilización. El eslogan oficial «primero la economía» se entendía a menudo como si implicara que «después vendría la reforma política». El consentimiento popular aún se entendía como la legitimación definitiva. Lo que daba fuerza

a los manifestantes que se colocaban hombro con hombro delante de los tanques no eran las exigencias concretas basadas en «intereses materiales», sino, por el contrario, una «conciencia trascendente» de su propio papel soberano y «el orgullo evocado por su confianza en su propia soberanía».

La cuestión de la autoexpresión popular se analiza desde otro ángulo, cuando se contemplan los movimientos estudiantiles de la década de 1980 a través de las lentes de la Revolución Cultural. Los líderes de la era de la reforma, que habían surgido como vencedores en las luchas de poder posteriores a Mao, se referían a la Revolución Cultural como «diez años de disturbios» y la usaban como una herramienta para suscitar el miedo. Pero el célebre Editorial del 26 de abril en el que se denunciaban las manifestaciones estudiantiles como «disturbios», había salido mal y había desencadenado protestas generalizadas, señalando la transición entre una revuelta universitaria y un movimiento popular. Al contrario que los dirigentes del país, argumenta Wang, los estudiantes y las masas heredaron el legado de disenso de la Revolución Cultural, ilustrado por los cuatro *da* (grandes): *daming* (libre expresión), *dafang* (autoorganización), *dabianlun* (debate público) y *dazibao* (carteles en grandes caracteres). Lo que rechazaban era el control desde arriba de la vida social, ejemplificado por la Banda de los Cuatro. Estas diferentes interpretaciones de la Revolución Cultural estaban en juego durante la confrontación entre los manifestantes y el gobierno.

Después de la represión, la esfera pública china se encogió. Las opiniones sobre los asuntos públicos solamente podían expresarse como opiniones «personales» e incluso expresadas a este tenor podían conducir a la acusación de «incitar a la subversión contra el poder del Estado». Después de que Xi Jinping asumiera el cargo, el PCCCh se convirtió en el único representante de la esfera pública. Este era el significado de la llamada *da dao wei gong* o Gran Camino para Todos, que afirmaba la hegemonía del Partido por encima de la ciudadanía. En opinión de Wang, a lo que aspiraban Xi Jinping y Wang Qishan era al poder absoluto que habían disfrutado como cuadros del Partido en los gobiernos locales bajo el gobierno de la Banda de los Cuatro. La diferencia es que el PCCCh ya no se implica en la salvaguarda de la vida económica de la comunidad. En lugar de ello, «las instituciones burocráticas hipertrofiadas» y «la sofisticada tecnología de vigilancia» son las herramientas principales de control social. A la misma altura está la ideología dominante, que es «grandiosa en la superficie, pero de naturaleza clandestina y conservadora». Este es el paradigma político que el «Emperador Xi» ha basado en el *ancien régime* chino, una versión actualizada de un «confucianismo ornamental y de un legalismo funcional» para el siglo XXI.

El análisis estructural de *Conglai jiu meiyou jiushizhu* se complementa mediante una investigación detallada y perspicaz sobre el propio movimiento estudiantil. En respuesta a las malinterpretaciones generalizadas de

este, Wang rechaza la acusación de que el final trágico se debiera a la incapacidad de los estudiantes de retirarse de la Plaza en el momento adecuado. Es el gobierno, insiste, y no los estudiantes, a quien debe responsabilizarse de los asesinatos masivos. Admite que los estudiantes cometieron errores, pero fueron de una naturaleza diferente a los errores de cálculo tácticos en los que se han cebado algunas críticas. Un error fue la incapacidad de los estudiantes para captar la relación entre la espontaneidad y la organización, o para reconocer la viabilidad de cada una de ellas en el proceso de construcción del movimiento político. A los estudiantes les superó el apoyo popular «espontáneo» que recibieron y no prestaron una atención suficiente a la construcción de formas de organización capaces de canalizar esa energía y esa solidaridad para convertirla en expresiones legítimas de la opinión pública a largo plazo. El gobierno, por el contrario, aprendió bien la lección y, desde entonces, se ha asegurado de cortar por lo sano cualquier conato de autoorganización popular.

Un problema más profundo era la carencia de una agenda política. Había un sentimiento compartido tangible cuando la gente tomó espontáneamente las calles, pero los estudiantes no fueron capaces de cristalizar las aspiraciones populares en un programa de máximos o de hacer un programa concreto de «mínimos». En opinión de Wang fue «solipsista» que los estudiantes se limitaran a exigir la retirada del Editorial del 26 de abril y, una vez que empezó la huelga de hambre, la retransmisión en directo del diálogo entre estudiantes y el gobierno. Esta miopía tuvo como consecuencia que los estudiantes no consiguieran proponer una agenda política que pudiera reflejar la escala de la implicación popular y que, por lo tanto, dejaran pasar la oportunidad de transformar las protestas en un movimiento político constructivo. Se podría añadir aquí que las Siete Exigencias quizá pudieran considerarse el primer paso hacia una agenda más amplia. No obstante, cuando los estudiantes se arrodillaron en los escalones del Gran Salón del Pueblo, sosteniendo las peticiones sobre sus cabezas, estaban poniendo sus esperanzas en funcionarios de mente abierta o en representantes populares no electos. Podrían haber tenido más éxito si hubieran invertido más energías en comunicar estas ideas directamente a las masas. A través de diálogos con los obreros y los campesinos, se podrían haber dado cuenta de que una de sus exigencias iniciales –aumentar la retribución de los intelectuales– era una exigencia que delataba sus propias limitaciones. Retrospectivamente es de destacar que esta fue la única exigencia que se cumplió; ha transformado eficazmente al grueso de la *intelligentsia* en apologetas del sistema, alejándolos aún más de su posición de intelectuales orgánicos activos en el seno de las masas.

La segunda parte de *Conglai jiu meiyou jiushizhu* dedica varios ensayos a la implicación obrera en el movimiento de Tiananmen. Se ha defendido muchas veces que la derrota se debió a la incapacidad de los estudiantes de movilizar a la clase obrera. Aunque concede que hay parte de verdad en ello, Wang no se

engaña en cuanto a la carencia de una conciencia política independiente entre los obreros chinos, que sentían que aún pintaban algo en un sistema nominalmente socialista. Describe material audiovisual de obreros debatiendo ante la Federación de Sindicatos de Toda China: todos ellos consideran que hay que hacer algo, que no se puede esperar más, pero ninguno sabe qué hacer realmente. Una intervención que pedía que todo el mundo regresara a las fábricas fue recibida con abucheos e interrumpida, pero otra que animaba a la huelga tampoco fue bien acogida. Los obreros se enfrentaban a un dilema: en tanto que «dueños del país», ¿era responsabilidad suya tomar las calles y luchar por la justicia social o permanecer en las fábricas y conservar el orden social? En opinión de Wang, el episodio demostraba que los obreros chinos en su conjunto aún identificaban parcialmente sus intereses colectivos con los intereses del partido gobernante, que se postulaba como «la vanguardia de la clase obrera». Al mismo tiempo, los obreros-activistas soportaron el grueso de la represión. *Conglai jiu meiyou jiushizhu* homenajea a Li Wangyang, un activista por los derechos laborales que presidía la Federación Obrera Autónoma Shaoyang en la provincia de Hunan en 1989. Li estuvo veintidós años en la cárcel por su papel en el movimiento a favor de la democracia. Poco tiempo después de su liberación, fue encontrado ahorcado en misteriosas circunstancias en la habitación de un hospital. Wang nos recuerda que, a medida que la resistencia continuó por todo el país después del 4 de junio, los obreros sustituyeron a los estudiantes y asumieron el liderazgo y con frecuencia sufrieron un castigo aún más duro que estos.

En estos ensayos Wang dialoga con una serie de intelectuales chinos de todo el espectro político. Difiere en el tema de la táctica estudiantil con Hu Ping, un veterano defensor de la libertad de expresión que en 1989 ya se encontraba en el exilio en Estados Unidos. Wang cuestiona la interpretación de la académica independiente Chen Ziaoya, expresada en su historia del movimiento de 1994, pues considera que peca de simplificación. Se confronta a Bao Tong, exsecretario político en el gobierno de Zhao Ziyang, que afirma que los estudiantes habrían sido manipulados por Deng, que supuestamente estaría usando el 4 de junio como una maniobra para librarse de Zhao. También cuestiona la idea de «política despolitizada» que ha elaborado el pensador de la nueva izquierda Wang Hui: más que «una despolitización bajo la influencia del capitalismo global», argumenta, la realidad de la sociedad china refleja «el monopolio que ejerce el régimen sobre el discurso político mediante la violencia de Estado y la economía de mercado».

Las reflexiones que hace Wang sobre el movimiento se benefician también de un planteamiento comparativo que amplía su marco de referencias, analizando Tiananmen junto con las experiencias en otros países. La derrota de 1989 ha llevado a la intelectualidad china –y a la opinión pública en general– a negar cualquier papel positivo a los movimientos estudiantiles. En su

defensa, Wang señala el activismo estudiantil estadounidense en la década de 1960 y mayo de 1968 en Francia para ilustrar el papel que los estudiantes pueden asumir a la hora de transformar para mejor las normas políticas de una sociedad. La negación de este hecho por parte de la *intelligentsia* china se explica por la táctica de despolitizar las protestas sociales que ha adoptado el régimen, etiquetándolas de simples «disturbios». Debido al estatus social relativamente ambiguo de los estudiantes, sus protestas a gran escala llevan una carga política potencial que desafía el sistema, defiende Wang, y el idealismo encarnado en el movimiento estudiantil debería considerarse uno de los recursos más valiosos de la nación. Este idealismo brillaba en Tiananmen en 1989 tanto como lo hacía en la Plaza Tahrir en 2011. En una respuesta a la petición de que los manifestantes de Tiananmen «perdonaran» y se «reconciliaran» con los responsables de la masacre, Wang aporta las experiencias de quienes tuvieron que lidiar con los asesinatos del 28 de febrero de 1947 en Taiwán y con las masacres de 1965 en Indonesia y argumenta que la reconciliación solamente puede construirse sobre un reconocimiento real de lo que aconteció allí.

El enfoque multidisciplinar de Wang suplementa el análisis político —el movimiento fue «en primer lugar y por encima de todo» político, desafiando al régimen en el poder y apelando a ideales políticos— con una evaluación de los factores sociales y económicos, así como de las dimensiones psicológicas. La literatura y la cultura popular proporcionan potentes reflexiones sobre el punto decisivo del problema. El agotamiento de la ideología del Partido en el proceso de mercantilización y la carga impuesta sobre los ciudadanos corrientes en la década de 1980 se resumen perfectamente, nos dice Wang, en tres productos culturales: la novela de 1988 de No Yang *Tiantang suantai zhi ge* [Las baladas del ajo], que describe una revuelta campesina ante la negativa del gobierno de comprarles la cosecha de ajos; el número en una gala de Año Nuevo del cómico Jiang Kun, que bromeaba diciendo que la plaza de Tiananmen iba a convertirse en un mercado al aire libre [abierto]; y la sátira de 1989 de Wang Shuo, *Qianwan bie na wo dang ren* [Por favor, no me trates como a un ser humano] en la que imagina a China como la ganadora de unas ficticias olimpiadas en las que las naciones compiten por quiénes de entre sus ciudadanos aguantan más la tortura y la autohumillación.

En un ejercicio de autocritica intelectual que es prácticamente inédito entre quienes han recordado Tiananmen, Wang ofrece un análisis lúcido de sus propios errores en el movimiento. Ahora piensa que cometió un error al pensar desde el principio que los huelguistas de hambre eran unos alborotadores, lo que distorsionó su juicio hasta el punto de que buscó la ayuda de las autoridades para mantener temporalmente a los dos líderes estudiantiles del Comité de Huelga de Hambre en el hospital en lugar de darles inmediatamente el alta tras su tratamiento para que volvieran a la

plaza. Esa culpa la ha acosado durante años. En retrospectiva, reconoce la potencia de la huelga de hambre y la posibilidad de trabajar con los huelguistas. Aquí combina un cuestionamiento moral con una honradez intelectual que no le permite cegarse.

La última parte del libro consta de seis breves entradas de diario en su mayoría escritas en 1990. Estos textos son elípticos y fragmentarios. Hay mucho que no se dice. Como lo expresa Wang: «Estas son experiencias que no están destinadas a la opinión pública, especialmente si una no está dispuesta a afrontar la soledad. Espero que mis amigos no se tomen en serio estas palabras, sino que las traten como apuntes». Ofrecen algunas ideas sobre la lucha interior de aquellos nueve meses en la clandestinidad en los que Wang tenía como principal compañía un pequeño transistor. Además de los noticiarios, sus programas favoritos eran una tertulia cultural diaria y una radionovela. Una mañana de diciembre de 1989, cuando llevaba seis meses escondida, Wang se enteró por las noticias del funeral de su padre. No hay palabras que puedan describir su reacción. Ella sintió que su única elección oscilaba entre suicidarse o entregarse, hasta que horas más tarde llegó un amigo que le preguntó: «Si no puedes soportar que tu padre haya muerto porque tú estás oculta, ¿quieres que tu madre muera porque tú te has suicidado?». En esta época, Lu Xun fue su guía. Sus palabras, por usar la propia expresión del poeta, estaban mascadas por otra vida. Para quienes se hallen familiarizados con su obra, los títulos mencionados como si fueran un *haiku* sirven para puntuar un viaje interior. *Sidi* [Camposanto] fue su consuelo mientras estuvo escondida, cuando había «más furia que pena». *Guduzhe* [La solitaria] le acompañó tras la muerte de su padre. Después le invadió la desolación. Como Juansheng en *Shangshi* [Lamentos del pasado] se dio cuenta del viaje que tenía que emprender. La culpa en el exilio se veía descrita en «*ren xue mantou*» [bollo al vapor empapado en sangre] de Yao [Medicina]. Los recuerdos son personales, pero los exiliados, migrantes y refugiados encontrarán en ellos sus propias historias.

Una anatomía del movimiento vista desde dentro, *Conglai jiu meiyou jiushizhu* deja claro que, aunque Tiananmen fue un drama, lleno de giros y tramas maquiavélicas, no fue una tragedia anunciada, como suelen dar a entender el determinismo cultural o económico. A medida que seguimos a la autora en su viaje al pasado, la historia se rebobina, se pausa, se concentra en un primer plano. Fotograma a fotograma nos confrontamos con los riesgos y las oportunidades, se nos invita a tomar decisiones y alternativas. Nada estaba decidido. Todo estaba abierto a la acción. No podemos evitar recordar lo que Lu Xun contaba a su público, en una de sus conferencias de 1927 sobre la era Wei-Jin (que coincide aproximadamente con el Imperio romano tardío):

Los registros y las valoraciones históricas no siempre son fiables. Muchos son engañosos. Como todos sabemos, en una larga dinastía abundan los héroes; en una corta, la mayoría son villanos. ¿Por qué? Porque una dinastía larga escribe su propia crónica de la historia, por lo tanto, escribe un elogio; la historia de una dinastía corta la escriben sus conquistadores, por lo tanto, es una denuncia.

A medida que la RPCh evoluciona hasta convertirse en una potencia global, su confianza a la hora de reescribir la historia ha aumentado exponencialmente. En una asamblea nacional sobre propaganda e ideología celebrada en agosto de 2013, Xi Jinping dio instrucciones a los medios de comunicación de «contar bien la historia de China» al mundo. El líder chino se convirtió en el «narrador en jefe», cuando sus diversos discursos se reelaboraron como una colección de parábolas, *Xi Jinping cuenta una historia*. Desde la publicación de *Conglai jiu meiyou jiushizhu* la resistencia civil en la China continental prácticamente se ha eliminado en su totalidad. En Hong Kong, donde el sistema «Un país, dos sistemas» terminó con la adopción oficial de la Ley de Seguridad Nacional en 2020, organizar cualquier conmemoración pública del 4 de junio es arriesgarse a ser perseguido. El periódico estatal *The Global Times* ha proclamado en un escalofriante editorial que el «incidente» de Tiananmen fue «una vacuna para la sociedad china», que «aumentaría enormemente la inmunidad de China contra cualquier gran disturbio político en el futuro» Afortunadamente, en este caso, hay pocas vacunas que tengan una eficacia del 100 por 100.